



Romería



de las actuales. La escoria de estas forjas se almacenaba en grandes montones junto a las cabañas de los mineros y de los piconeros y de los vizcaínos rudos y grandes, castos e hidalgos, que atizaban la fragua. Ellos modelaban a martillazo limpio, sobre los yunques cantores como campanas, rejas de arado, clavazón para las carabelas y tal cual fierro de lanza para acabar la Reconquista y para comenzar la sublime aventura de América.

La escoria de las herrerías era tanta, que el poblado se llamó El Escorial. Así nació, de la encina y del hierro, el corazón del Imperio espiritual y terreno más grande y noble del orbe. El signo ferrado pesaba ya sobre este nacimiento. Y un día, a un hombre que se llamaba Herrera y había sido herrero e hijo de herrero y había batido de cha-

de la gracia

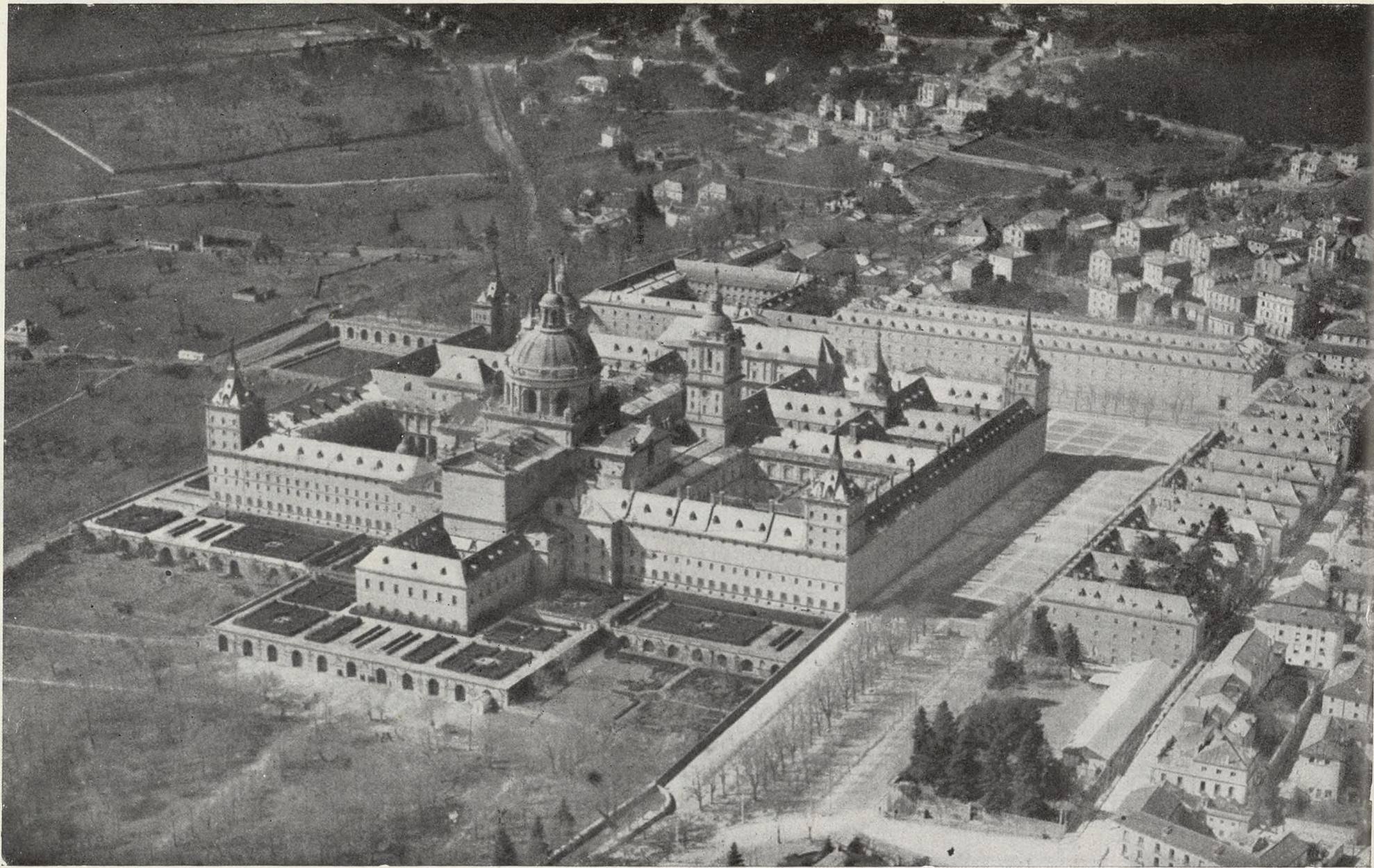


maco el yunque en las Asturias de Santillana, le salió de entre las manos la obra arquitectónica más total, hermosa y entera del mundo moderno: el Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, arca de la alianza entre Dios y el universo hispánico. En la Herrería y en su Escorial se alza "aferrado" a la noble carpeta geográfica un conjunto de arte y naturaleza de una personalidad tremenda.

Todavía en los inviernos los mastines de Robledo, con sus carlancas ferradas y su ladrido sordo, tienen que ahuyentar a los lobos que bajan del puerto de Malagón para robar recenales de rizadas merinas o tiernos añojos de casta brava, que no han tenido tiempo de soñar medias verónicas para la plaza de Lima o de Caracas o de Méjico.

Pero llega mayo, y bajo las encinas de la Herrería empiezan a romper margaritas y nomeolvides. Y en las fuentes en que el "vulnerado ciervo" se retrata, se bañan los ruiseñores jóvenes que hacen su aprendizaje entre las hojas tiernas de las pobedas y los fresnedos.

Se pone entonces el aire transparente, azulado, y la tremenda mole del Monasterio sonrte a la Primavera. Dentro de la inmensa finca de la Herrería hay, además de la octava maravilla del mundo, otras pequeñas maravillas, verdaderos estuches de sorpresa para uso de príncipes: son las Casita de Arriba y el pabellón de caza. En torno a estas



dos joyas.—una de ellas debida a la escuadra y al compás, de Juan de Villanueva— hay jardines geométricos de perfumado mirto, con enormes araucarias traídas de Chile y con robustos cedros traídos de California.

Cuenta el P. Sigüenza que el rey don Felipe, que gustaba pasear sobre la proyección de un rayo de sol en su sala de los cien pasos, tenía, en lo que es hoy Jardín de los Frailes, un jardín botánico con todas las flores del Imperio: orquídeas del valle del Amazonas e "ilang-ilang" de Luzón, para lo cual había hecho construir estufas perfectas. El rey sombrío que nos han pintado juntos la masonería europea y el judaísmo mundial, era un alegre muchacho, deportista en su juventud y afable y tierno en su grave madurez. Y acaso entristecido en su ancianidad gloriosa, porque media Europa se le había hecho hereje.

Por la Herrería paseó mucho el rey en las tardes felices de su matrimonio con Isabel de Valois, que amaba la áspera belleza del paisaje escorialense.

Muchas siluetas gentiles de damas y caballeros de las cortes de Viena, de París y de Lisboa cabalgaron por entre las nobles encinas, en briosos potros cartujanos o en seguras hacaneas serranas, persiguiendo el jabalí. Paisaje de Velázquez, verso de Lope... Mirador de la Reina.

Nadie podría describir en prosa cómo es la Herrería en el otoño, cuando empiezan a ponerse de color de cobre los castaños de la dehesa y a madurar los nísperos. Desde lo alto del monte de los Abantos tiene la Herrería entonces una solemnidad de ara. Columnillas de un humo de color de ópalo suben rectas por la lente del cielo, y brillan con el sol bermejo, que se va de Castilla para ser alba en América, las cúpulas de Herrera, sobre los mejores papeles y los mejores huecos de la Cristiandad hispánica.

Es entonces cuando la mocedad serrana celebra una de las más hermosas romerías de España. Disputa a la del Rocío la belleza y la simbología del nombre. Se llama la romería de la Gracia. Casi estremece escribir un nombre tan hermoso y discurrir sobre él, junto a la Norma imponente de la obra herreriana. Norma y Gracia. Sobre estos dos polos puede girar la vida perfecta de un pueblo o de una criatura. O puede girar también un mundo de pueblos. De veintidós, por ejemplo.

La Virgen de la Gracia es una dulce imagen que reproduce exactamente la que destruyeron a hachazos los "leales" (los leales a Moscú) en 1936. Los ferroneros del siglo XVI ya le cantaban los sábados una salve a la Virgen de la Gracia y

ya le hacían romería en su ermita, entre las encinas, los fresnos y los sauces. Las buenas mocitas serranas que suscitaron el bronco verso del Arcipreste y el itálico verso del Marqués (no hay en la poética castellana más que un solo Arcipreste y un solo Marqués), bailaban entonces las mismas "gallardas", los mismos "rondones", las mismas seguidillas, zarzabandas, polvillos y menudicos que bailan hoy (juntas las labradoras con las burguesas y las aristócratas) todas las guapas muchachas que invaden el ancho ámbito de la Herrería todos los 15 de septiembre. Sale la Virgen a hombros de los mozos hasta su ermita, desde la parroquia de San Lorenzo, de madrugada. Y allí está en su bosque, tres días, festejada, piropeada, cantada y bailada por la juventud. Las muchachas se atavían con los trajes de las bisabuelas, en los que no es difícil, aun para ojos demasiado hechos al "Harper's Bazar", encontrar los antecedentes del traje de la cholita peruana, de la "china" de Puebla.

La romería de la Gracia en El Escorial, es como todas las romerías españolas, un profundo espectáculo de fe auténtica. El hombre, bajo todos los cielos por los que suben oraciones en la lengua de Castilla, gusta ponerle a su fe, a su Virgen María sobre todo, un arco de colores, un tapiz de rosas, un chal bordado. Algo que esmalte y alegre el rostro angélico de la del Dulce Nombre y la haga olvidar entre sus hijos la espada feroz que atravesó su corazón por nuestros pecados.

Es linda y alegre la romería de la Virgen de la Gracia, y hasta el férreo paisaje militar y teológico se alegra igual que se alegraba antaño con la rosaleda del Rey.

Y a la vuelta de la Herrería, paisaje para infantas y meninas, regresan a la villa y a los pueblos del Pardillo y de la Solana pastores y burgueses, nobles y villanos, mozas elegantes como duquesas y duquesas sanas y alegres como labradoras. Todas y todos unidos, bajo la Norma y la Gracia de un mundo verdaderamente cristiano y señor, ungido por los dones que envidian las gentes descoloridas, sin pigmento ni en la piel ni en los ojos ni en el alma ni en el traje. Un mundo morenucho y elástico, ágil y alegre, que cree en Dios y no cree en brujerías políticas.

Y entre la Norma y la Gracia, amigos, al regreso de la romería viene cantando el Amor.